

CAROLINA SKYLDBERG

ADOPCIÓN

DEJAR SANAR EL ALMA

Un relato real sobre el perdón,
la comprensión y la reconciliación

icono •

Contenido

El encuentro	11
Gilma en Suecia	57
El retorno	71
Después de mi retorno	101
Los pensamientos	
De Gilma	113
De mi madre	114
Consejos de mi querido esposo a otros parientes	118

El encuentro

Gilma ama a su hija y se siente desesperada porque debe darla en adopción, pero comprende que así ella tendrá una mejor vida, con muchas más posibilidades. Ella dice que le desea un futuro seguro a su hija y que la niña será una mujer honrada, que estudiará, y que ojalá que la familia que se haga cargo de ella le dé una buena crianza y le brinde lo mejor. Ella no quiere que su hija sea como su madre.

LAS LÁGRIMAS ME CAÍAN SOBRE LAS MEJILLAS y las manos me temblaban cuando leía estas líneas, una y otra vez. La conversación fue un extracto de una entrevista entre mi madre biológica y la mujer que trabajaba en la oficina de la asistencia social en Manizales, la ciudad donde yo nací el 28 de mayo de 1979, después de que ella decidiera darme en adopción. Eran sus palabras, pensamientos y sentimientos en el momento en que se dio cuenta de que no tenía la posibilidad de conservarme a su lado y que nunca podría ofrecerme un futuro seguro. Fue entonces cuando empecé a comprender el significado de ser adoptada. Antes, mi madre biológica solo existía en mis fantasías, pero ahora era una realidad. Ahora comprendo su decisión, pues su deseo era que yo tuviera una vida mejor.

Era un consuelo leer que ella me había amado y había tratado de hacerse cargo de mí. Durante mi crecimiento, me he preguntado varias cosas: ¿Ha pensado ella en mí? ¿Sería que se avergonzaba de haber quedado embarazada tan joven y trató de olvidar que había parido una hija? ¿Se preguntaría cómo estaba yo con mi nueva familia? Que ella rehiciera su vida, con una nueva familia y otros hijos, era algo que yo tenía muy claro.

A los veintidós años me atreví a leer esas líneas. Había esperado cuatro años antes de decidirme a saber lo que decía esa carta y toda la documentación relacionada con mi adopción que

recibí de mis padres cuando cumplí dieciocho años. La tenían en un archivador. Ahí estaba mi primer pasaporte. En la foto tenía el pelo negro, grandes ojos marrones y una mirada muy seria. Llevaba un vestido con tirantes que me llegaban hasta las orejas y sobre la foto estaba mi nombre provisional: Claudia Eriksson. El pasaporte lo habían expedido el 5 de septiembre de 1980, cuando yo tenía un poco más de quince meses de nacida. En el archivador había también información general del centro de adopción, datos sobre el viaje y lo que uno debe saber cuando va a buscar a su hijo, hechos y artículos acerca de Colombia y Manizales, así como certificados, investigaciones y declaraciones de varias autoridades con el propósito de evaluar si mis padres eran aptos para adoptarme. Allí también había correspondencia entre la administradora de la oficina del Bienestar Familiar de Manizales y mis padres. La carta que más me conmovió estaba fechada el 14 de agosto de 1980 en Manizales, o sea, un poco menos de un mes antes de que yo llegara a Suecia. Por medio de esa carta, mis padres recibieron la noticia de mi existencia. Así decía:

I have a one good news for you, the adoption meeting decided to propose you for your first adoption the girl Claudia Marcela Parra. Claudia Marcela Parra is one messtiss girl, a little dark, like your eyes are brown, not big, not small, she is a little single, and she need so much love.

En ese tiempo, Anders y yo nos habíamos mudado a Kalmar para estudiar allí. Estábamos juntos desde que teníamos dieciocho años. Yo estudiaba para profesora y Anders para economista de mercado. En realidad, yo no sabía si en verdad quería ser profesora, pero por mis calificaciones había quedado en esa carrera; además, mi madre me hablaba con mucho énfasis sobre esta profesión, ya que era profesora. En mi carrera conocí a Helena, quien se convirtió en una muy buena amiga. Ella conocía a una chica que hablaba español y que me ayudó a traducir la documentación.

A Anders y a mí nos gustó Kalmar, ubicada en la costa este de Suecia, por ser encantadora y de un tamaño adecuado. A mí me gustaba sobre todo la parte sur y más vieja de la ciudad, con sus calles de piedra y sus pequeñas casas de madera, que tenían la altura correcta para que uno, sin querer, pudiera mirar a través de las ventanas y tuviera la oportunidad de apreciar unas habitaciones iluminadas por una luz muy agradable.

Siempre me ha fascinado la posibilidad de ser parte de la atmósfera privada de las personas, ver cómo son y qué hacen cuando creen que nadie las ve. Muchas y largas caminatas realizamos en Kalmar con un pequeño perro que compramos, un golden retriever al que le pusimos Sesam. Que comprara un perro era algo inesperado, pues yo era más querendona con los gatos; cuando comencé el primer año escolar elegí uno de los gatitos que tenían mis vecinos, un minino tímido, gris rayado y de mirada vivaracha. Lo llamé Randan y vivió diecisiete años. Pero ahora, al mirar hacia atrás, comprendo que lo que yo necesitaba en esos momentos era un perro leal, puesto que no me sentía muy bien emocionalmente durante esos años. Yo acostumbraba caminar con él por el bosque y por la orilla del mar. A veces me sentía tan triste que después de clases, cuando todos mis sentimientos me invadían, solo quería llegar a mi casa a tirarme en la cama y llorar. No comprendía de dónde venía esa pena, que a veces era una carga muy pesada.

Una noche que estaba inconsolable, llena de angustia, me puse a hablar por teléfono con mi madre. Ella nos dijo a mí y a Anders que fuéramos a urgencias de psiquiatría para que me ayudaran. Lo hicimos; me dieron calmantes y una interconsulta para un psicólogo. Resultó ser una mujer muy colorida, de unos cuarenta y cinco años, pelo corto de color rojo y lentes azules. Nos sentamos una frente a la otra, en unos sillones rojos pequeños que había en una habitación pintada de blanco con vista al estacionamiento del hospital. Ella esperó que yo comenzara a hablar. Yo no sabía qué decir. Hablábamos de la adopción, pero yo no sabía si ese era el motivo por el cual me sentía tan mal

emocionalmente. Ella tampoco lo sabía. Habló más de lo que se relacionaba con mi pubertad, que fue un periodo de mucha rebeldía. En una de las visitas vino toda mi familia. Anders, mi mamá, mi papá, mi hermano mayor y yo nos sentamos en círculo en la pequeña consulta. El motivo de esta reunión era que yo quería que mi familia se enterara de que yo no estaba bien. Después de la visita nos fuimos a Öland y caminamos por la orilla del mar en Ekerum. El día fue hermoso y me sentí muy cerca de mi familia.

No comprendí mucho de lo que estaba en los documentos que recibí por primera vez cuando cumplí dieciocho años. En uno de ellos decía que me habían bautizado con el nombre de Claudia Marcela Parra en la iglesia San José, en Manizales; que mi madre era María Gilma Parra y mi padre, Luis Alejandro Ramírez. Luego leí que mi madre tenía dieciséis años cuando yo nací y trabajaba en una cafetería. Después del nombre de mi padre estaba «No reconoce», lo que interpreté como que él no había reconocido su paternidad.

Fue muy emocionante leer cosas sobre mí y ahora, como adulta, enterarme de cosas que ni me imaginaba.

Mis padres habían conservado el nombre Claudia, pero Marcela Parra era toda una novedad para mí; allí comenzó mi interés por saber quién era realmente. La persona que yo creía que era ya no tenía nada que ver conmigo después de conocer toda la información que había recibido. Se trataba de una pequeña que cargaba con una historia llena de vivencias del tiempo anterior a su llegada a Suecia, una niña que no recordaba sus vivencias. Sin embargo, se había despertado en mí la curiosidad de saber más sobre los primeros quince meses de mi vida antes de llegar a Suecia. Los años pasaron. La vida se interpuso, y después de cuatro años tomé parte de la conversación entre mi madre biológica y la mujer de la oficina del Servicio Social en Manizales.

Pese a que era mucha información la que había que asimilar y trabajar, hoy estoy muy agradecida de haberla recibido de mis padres.

Ellos me dieron la llave para que yo misma, al ritmo que quisiera, abriera las puertas de mi pasado. La llave me brindó la posibilidad de conocer mi origen. He ido de a poco, dando pequeños pasos, y muchas veces eligiendo cerrar las puertas. A veces las he dejado a medio cerrar, para poder mirar de vez en cuando hacia mi pasado y tener la claridad de saber quién soy realmente.

Aunque la idea de buscar a mi madre biológica existía desde antes, cuando tuve mis propios hijos supe qué era lo que realmente quería. Mi deseo de ser madre nació muy pronto y en forma muy marcada. Me fascinaba ver esas barrigas de embarazadas a mi alrededor, pero también tenía muy claro que adoptaría un bebé si no podía dar a luz hijos propios. Pensaba en todos los niños que necesitaban una familia que les pudiera dar amor y ternura, y me sentí un poco egoísta al querer traer más niños al mundo.

Sentía curiosidad de saber cómo sería mi hijo físicamente, ya que no conocía mis genes. Al mismo tiempo, desconocía cómo iba a reaccionar al ser madre; ¿y si tenía una depresión posparto? ¿Y si se despertaran sentimientos o recuerdos de mi pasado?

En la víspera de San Juan del 2005, Anders y yo nos casamos en una pequeña iglesia a las afueras de la ciudad. Nuestra fiesta fue en el castillo de Kalmar. Fue un día especial, el sol brillaba al igual que nosotros y nos regalaba muchos recuerdos que llevamos con nosotros cada día. En noviembre de ese mismo año supimos que estaba embarazada de nuestro primer hijo.

Habíamos dejado Kalmar y nos cambiamos a Gotemburgo donde vivían mis padres y la familia de Anders. Yo trabajaba en la comuna de Kugsbacka como asistente de personal y teníamos la suerte de vivir en la casa de mis padres, puesto que ellos se encontraban en el extranjero, mientras nosotros buscábamos apartamento. Me sentí muy bien durante todo el embarazo; tres semanas antes de lo calculado, el 9 de julio del 2006 a las 8:14 de la noche, nació nuestra hija. Por supuesto, llevaría mi nombre original, Marcella. Se llenó mi alma de paz, armonía y felicidad.

Poder vivir el amor que entregaba a mi hija influyó también en mi decisión de buscar a mi madre biológica. Miraba a mi hija, pequeñita y delicada, cuando dormía en mis brazos. Pensaba y reflexionaba sobre cómo una madre podía olvidarse de su hijo. No creo que el amor de madre sea diferente, dependiendo del lugar del mundo en que nos encontremos o de las circunstancias que vivamos. Nuestros hijos están siempre en nuestro corazón. Este conocimiento me hizo sentirme más convencida de que era muy importante contarle a mi madre biológica que yo estaba muy bien, que tenía una vida agradable y que había crecido con una familia muy buena. Quería que supiera que la decisión de darme en adopción me dio más posibilidades en la vida de las que ella me podría haber dado en Colombia. Sentí un gran agradecimiento interno y todos los sentimientos de rabia que había albergado en contra de ella durante mi pubertad desaparecieron. A pesar de que sabía que mi madre no tenía otra opción, siento un gran respeto por su decisión de darme en adopción con la esperanza de brindarme una vida y un futuro mejor, pues lo más fácil, en caso de no haberme querido, habría sido dejarme abandonada en la calle. Miraba muchas veces a mi propia hija y me preguntaba si yo haría lo mismo por ella.

Pero me tomó todavía unos años más y muchas lágrimas derramadas concientizarme de esto mientras veía *Desaparecida*, una serie de televisión en la que uno sigue a una persona adoptada que la ayudan a buscar sus raíces. Muchos capítulos fueron grabados en Colombia y con frecuencia la búsqueda los llevaba a un pueblito de campo en donde las familias vivían en forma muy simple y muy pobre. Así me imaginaba la vida de mi madre. Por supuesto que la serie siempre tenía un final feliz, con el reencuentro con la madre y posiblemente con muchos hermanos. Después entrevistaban a la madre y todas decían lo mismo, que desde que habían dado a sus hijos en adopción no había pasado un día en que no pensarán en él. Era lo que yo necesitaba escuchar para convencerme de cuál era la decisión correcta para mí y que debía confiar en mi voz interior e intuición. Esta decisión me

llevó a que junto a mi marido nos encontráramos sentados en el avión que nos llevaría a Colombia el 11 de abril de 2014.

El avión despegó el día del cumpleaños de Anders. Él cumplía treinta y cinco años y probablemente nunca se habría imaginado que los celebraría en un avión rumbo a Bogotá (Colombia). Lo mejor fue la diferencia de horario porque tuvo un cumpleaños extralargo, ya que al llegar a Bogotá retrocedimos el reloj seis horas.

La mañana del día que íbamos a viajar me levanté muy temprano y entré a escondidas a la habitación donde dormían pacíficamente mis tres adorados hijos y los besé. Sentí como una cuchillada en el pecho por la tristeza de dejarlos y unas lágrimas cayeron sobre mis mejillas. Separarme de mis seres queridos ha sido un situación que me ha costado mucho, posiblemente como consecuencia de haber sido abandonada cuando bebé. A veces, cuando Anders sale de casa, aunque sea solo unas horas, he sido capaz de romper a llorar por un buen rato. Pero antes de nuestro viaje la inquietud era otra. La preocupación de que nos sucediera algo y nuestros hijos tuvieran que crecer sin su madre ni padre. Yo le expresé mi inquietud a mi cuñada y fue muy reconfortante escuchar que ellos siempre estarían allí para nuestros hijos.

Mi hija mayor estaba más preocupada por el viaje, puesto que solo unos meses antes había desaparecido el avión MH370. Ella era lo suficientemente grande para comprender las consecuencias de lo ocurrido.

Mi padre nos fue a dejar al aeropuerto. Viajamos durante una mañana muy lluviosa y nublada y el estado de ánimo revelaba evidentemente que este viaje se diferenciaba mucho de los otros que habíamos hecho y era muy difícil encontrar un tema de conversación ligero. Normalmente, al recorrer el mismo camino hacia el aeropuerto de Landvetter hemos estado llenos de expectativas por nuestro viaje, todos conversan al mismo tiempo y con ganas de pasar un maravilloso tiempo junto con nuestros hijos en algún caluroso y exótico lugar. Nos imaginamos cómo será el hotel o apartamento donde viviremos, qué haremos, qué veremos

y qué nuevas experiencias tendremos. Ahora viajábamos a un destino desconocido. No tenía idea de cómo sería el lugar, que íbamos a hacer y tampoco cómo me sentiría al estar allí.

Siempre me había imaginado que haría este viaje junto con mis padres. Ellos siempre habían dicho que algún día viajaríamos juntos a Colombia. Los últimos años pensé que papá y yo haríamos este viaje de regreso. Porque fuimos los dos quienes dejamos Manizales treinta y cuatro años atrás y viajamos a Bogotá para continuar hacia Suecia. Pensaba que él me mostraría el hotel donde vivimos, los lugares que visitamos. Pero no fue así. Creo que siempre hay una razón de por qué pasan las cosas. Ahora dejaba yo una Suecia lluviosa junto a mi compañero de vida, mi otra mitad que siempre ha estado a mi lado desde que éramos unos adolescentes. Sabía que tenía a mi lado a una persona estable y segura que me otorgaba estabilidad. Un apoyo, con quien yo podía compartir mis vivencias cuando retornáramos a casa, a la rutina diaria.

Para mí el viaje era muy importante, no solo por mí sino por mis hijos. Un día ellos querrían saber más de dónde es su madre y cómo es el país en el que nació.

Me di cuenta de que Marcella comenzó a muy temprana edad a pensar y reflexionar. En su escuela trabajaba una chica de piel oscura. Mi hija me señaló tempranamente que éramos muy parecidas debido a que teníamos el mismo color. Otra vez me preguntó por qué mi nariz se bajaba cuando yo me reía o por qué mis labios eran cafés en lugar de rojos. Luego, cuando encontró a Gilma, comprendió a qué se debía mi apariencia y por primera vez me sentí orgullosa de tenerla y de mi nariz un poco descendente.

El aeropuerto de París era muy desordenado y la información muy mala. Había muchos pasajeros sentados esperando la salida del avión a Bogotá. Yo observé a todas las personas, había una mezcla muy variada, desde blancos hasta africanos, así que no se podía adivinar nuestro destino. Podríamos ir de viaje a cualquier ciudad del mundo. Pensaba si ellos me veían como

una colombiana que va de regreso a su hogar. Miraba la pantalla de televisión que colgaba del cielorraso, donde estaba escrito el destino con letras mayúsculas BOGOTÁ y de vez en cuando se me oprimía el estómago y me daba la sensación de irrealidad acerca del lugar al que me dirigía. Pensar que al otro lado del mundo estaba mi madre biológica y ansiaba verme. Repentinamente me encontraba en un contexto de personas que de alguna forma eran mis parientes sin saber cómo me afectaría.

Cuando nos acercábamos a Bogotá me puse muy sentimental, ansiaba mucho a mis hijos y miraba fotos tuyas en mi teléfono. La cosa fue de peor en peor y lloré sin control y pensé que me iba a quebrar por completo. En mi familia ha sido importante mostrarles a los niños que es natural demostrar los sentimientos, debido a que yo siempre los he tenido a flor de piel y con frecuencia los niños me han visto llorar; les he explicado que las madres y los padres también pueden estar tristes. Cuando aterrizamos en Bogotá brillaba el sol a través de las nubes y alumbraban los contornos de las montañas que rodeaban la ciudad. Era hermosísimo. Ya estaba aquí.

Habíamos concertado una cita con nuestra intérprete Inés en el aeropuerto; ya habíamos establecido contacto en Suecia, por intermedio del jefe de mi marido. Él y su esposa adoptaron una hija de Colombia a comienzos de los años ochenta y vivieron en un hotel que Inés tenía y que solo recibía a familias que venían a adoptar niños a Colombia. Volvieron a encontrar a Inés cuando retornaron para encontrar a la madre biológica de su hija. Inés y su nuera nos estaban esperando cuando salimos del aeropuerto y fue agradable y seguro que alguien nos acogiera en un país tan diferente de los que habíamos visitado antes. Ella era una señora de unos setenta años, enérgica, leal, de carácter firme y muy fácil de querer. Parecía más norteamericana que colombiana, con su pelo claro y corto y muy bien vestida. Cuando atravesamos la ciudad en dirección al hotel, Inés fue muy clara y directa en decir lo que opinaba sobre diferentes asuntos. Criticó a su país por la corrupción que existe allí.